

DOMINGO XXV – ORDINARIO (CICLO A)

Isaías 55,6-9.

Mis planes no son vuestros planes.

Salmo 144.

Cerca está el Señor de los que lo invocan.

Filipenses 1,20c-24.27.

Para mí la vida es Cristo.

Mateo 20,1-16.

¿Vas a tener tú envidia porque yo soy bueno?.

COMENTARIO A LAS LECTURAS

“Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos –oráculo el Señor–. Como el cielo es más grande que la tierra, mis caminos son más altos que vuestros caminos, mis planes que vuestros planes.”

A veces qué difíciles y qué contradictorios nos pueden parecer los caminos del Señor, sobre todo cuando no se ajustan a nuestros caminos ni a nuestros planes. Y es que como bien expresa el profeta Isaías en la primera lectura que hemos escuchado nuestro Dios es un Dios absolutamente trascendente, grande y sorprendente, que no se ajusta a nuestras medidas. En ese sentido somos nosotros los que estamos continuamente invitados a ajustarnos a las suyas, a sus caminos, a sus planes, que son más altos que los nuestros. Somos nosotros los que debemos convertirnos y buscar continuamente al Señor, invocarlo y dejarnos seducir por él. En una mera perspectiva humana esto nos puede parecer desconcertante, sin embargo, los cristianos sabemos que sólo en Dios tenemos el reflejo más auténtico de nuestro ser. Abrahán en el Antiguo Testamento tiene esta experiencia: es invitado a salir de su tierra y a dirigirse a la tierra que el Señor le mostrará. Ahí encontrará su verdadera identidad y consistencia. Ahí se realizará humanamente hablando. Esto sólo es posible desde la perspectiva de la fe.

El Evangelio es un ejemplo de ese actuar sorprendente de nuestro Dios. Jesús propone en la parábola el ejemplo del señor de la viña que es Dios, los trabajadores que somos nosotros, la viña que es nuestro mundo y nuestra iglesia. Continuamente, a distintas horas del día, Dios sale al paso de los hombres para invitarlos a trabajar en su viña, de tal forma que al final de la jornada unos han trabajado más que otros. En el momento de cobrar la paga aparecen los cálculos humanos: los que han trabajado más consideran que recibirán más. Cuando no es así viene la protesta contra el señor de la viña; ya no recuerdan el salario en el que se habían ajustado. Realmente en su mente brilla más la envidia que la justicia. Eso también nos pasa con frecuencia a nosotros, y por tanto debemos examinar los motivos auténticos que nos mueven en nuestras decisiones e ideas.

El evangelio es una invitación a que caigamos en la cuenta de que Dios llama a todos y se sirve de diversos caminos para que trabajemos todos de diversos modos en

su viña, en su iglesia, en la sociedad. No hay privilegios ni derechos adquiridos por ser primeros. La paga es para todos igual y saciará a todos infinitamente porque el amor de Dios es infinito. Su paga es la gloria.

Traslademos esto a nuestra vida cotidiana, o a la vida de nuestra comunidad; caeremos en la cuenta de que todos los ministerios, todos los servicios en la parroquia son importantes, aunque humanamente pensemos que unos brillan más que otros. No es así en el corazón de Dios ni debería serlo en el nuestro. Nuestro compromiso entonces más que mirar al otro de perfil debe ser entregarnos totalmente según nuestras capacidades y posibilidades. Dios, que es bueno y está cerca de los que lo invocan, nos pagará de forma plena. Así lo hizo san Pablo por su comunidad, tal como hemos escuchado en la segunda lectura. Su vida era Cristo, y eso se traducía en un amor y en una entrega total por su comunidad para conseguir que todos llevasen una vida digna del Evangelio de Cristo.

Nosotros, si nos llama el Señor, en cualquier momento, acudamos a su viña, que tendremos a buen seguro la paga de la gloria.

SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

¿Estoy dispuesto a aceptar que Dios actúe de una manera distinta a como yo considero justo o conveniente? ¿En qué momentos de mi vida siento que el Señor me está llamando de nuevo a trabajar por su Reino? ¿Estoy respondiendo a esa llamada? ¿Me alegro sinceramente del bien que Dios hace en los demás, incluso cuando pienso que ellos han recibido más de lo que merecen? ¿Mi manera de vivir manifiesta que Cristo es realmente el centro de mi vida, o sigo poniendo en el centro mis intereses, méritos y reconocimientos? ¿Qué necesito cambiar en mi forma de mirar y tratar a los demás para aprender a vivir con la lógica de la gracia, la misericordia y la generosidad de Dios?

PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL
